

Días cautivos en el nordeste de Brasil: vivir y trabajar en “tierras de otros”

Fernanda Figurelli

Introducción

Teresinha, su tío Joca y yo nos encontrábamos debajo del árbol, en un lugar que antiguamente perteneció a un gran latifundio ganadero y algodonero llamado Belém.¹ Mientras él relataba sobre los pistoleros que ese latifundio mantuvo durante la primera mitad del siglo XX y un tiempo después, ella encauzó nuestra conversación hacia un punto central del relato de sus antiguos/as habitantes:

¹ En este artículo todos los nombres de personas y una gran parte de los de lugares fueron cambiados. Las traducciones de las citas bibliográficas y de las entrevistas fueron realizadas por la autora.

–Y Joca, hubo una época que uno [de los pistoleros] hasta mandó a llevar [a un trabajador] del rabo del caballo. ¿Era en esa época?

–¡Era eso mismo! –respondió Joca–. El finado Zé Jacó iba conduciendo y trayendo en el rabo del caballo, y traía mismo. Amarraba en el rabo del caballo si [el trabajador] no iba a trabajar con la azada. Era eso que yo tenía miedo. (Entrevista a Joca Souza, ochenta y siete años, ex-morador de Belém, 2009)

Teresinha fue mi principal anfitriona en el trabajo de campo.² Quedé hospedada en su casa, que era también la de su marido, Gregório, en ese momento presidente del sindicato de los trabajadores rurales del lugar. Ambos transitaban la década de sus sesenta años y habitaban un asentamiento de reforma agraria que se erigía en una porción de las tierras antes pertenecientes a Belém.³ Joca, hermano del padre de Teresinha, también vivía en las tierras de la antigua propiedad, pero en una *comunidad* distinta a la de Teresinha.⁴ Los tres habían nacido en aquellas tierras.

Belém fue una gran propiedad rural (o bien, una *fazenda*) en la que se producía algodón y se criaba ganado.⁵ Se situaba en el estado de Rio Grande do Norte, al sur de la región agreste, la cual constituye

² La investigación en la que se basa este artículo fue realizada entre los años 2008 y 2010. En ella combiné permanencia prolongada en las tierras de la antigua Belém, entrevistas y consulta de archivos y documentos.

³ Los asentamientos de reforma agraria se construyen en tierras en desuso expropiadas por el Estado para vivienda y trabajo rural de familias sin tierra. Son impulsados en gran parte por las ocupaciones que de esas tierras realizan trabajadores y trabajadoras agrupados/as en diferentes organizaciones. El asentamiento en el cual me alojé se erige desde el año 2001 y fue resultado de la movilización del sindicato de los trabajadores rurales del lugar.

⁴ Con el término *comunidad* quienes viven allí se refieren a los distintos núcleos poblacionales en lo que era la antigua propiedad.

⁵ Sobre *fazendas* de ganado en el Nordeste de Brasil, ver también Cascudo, 1956; Johnson, 1971; Bastos, s/f; Almeida y Esterici, 1977a y 1977b.

una franja de transición entre la humedad litoral y la aridez del centro (Andrade, 1998). Actualmente, las tierras que la conformaron se encuentran habitadas, en gran parte, por antiguos *moradores* y sus familias, así como por sus descendientes, quienes fueron adquiriendo porciones de la propiedad a medida que esta se desagregaba.

Cuando Joca dice “trabajar con la azada”, se refiere a la diaria (*diária*), al trabajo que, quienes vivían en Belém, debían realizar para el dueño de las tierras. La imagen de Zé Jacó u otros *administradores* (o empleados) de la propiedad llevando al *morador* a la diaria amarrado en el rabo de un animal fue evocada por una gran parte de los/as exhabitantes de Belém con quienes conversé. El administrador del propietario era una figura central en la estructura del latifundio. Se encargaba, entre otras tareas, de supervisar a los moradores. El famoso Zé Jacó fue un administrador destacado de Belém, si bien había además otros *capangas* –como eran también llamados– distribuidos a lo largo y ancho de esas tierras.

Lo que despunta cuando los/as antiguos/as habitantes de Belém se refieren a aquella figura tiene que ver con los castigos que infligiría si los moradores no quisiesen trabajar para el propietario. Con el “rabo de la burra” y “la *macaca*” o “el chicote” de cuero, Zé Jacó ejecutaba sus sanciones.⁶

Xerimbaba es lo mismo que *chaleira*, me explicaron algunos/as de mis interlocutores/as cuando les pregunté sobre el significado de la palabra que Teresinha siempre mencionaba. *Xerimbaba* es un sobrenombre que se les ponía a los empleados que no eran del agrado de los moradores: “la gente hablaba de *xerimbaba* cuando era empleado de una *fazenda*, cuando era buena persona no, la gente decía otra

⁶La *macaca* consiste en un “chicote de cuero trenzado, con el mango corto, destinado a los animales de tracción y otrora a los clavos de eito, en los trabajos rurales” (Cas-cudo, 1970, p. 205).

cosa, pero cuando era medio malo la gente hablaba de *xerimbaba*. *Xerimbaba* era el *chaleiro*”, me explicó Antônio de Boa Fé, un antiguo habitante de esas tierras (entrevista a Antônio de Boa Fé (y a su esposa Luísa), trabajador rural, ochenta y dos años, exmorador, 2009). El *chaleira* o *chaleiro* era el empleado que vigilaba a los trabajadores con los ojos del patrón, especificó Antônio de Serras, consuegro de Gregório:

Xerimbaba es ese que cuando una cosa pasaba... él estaba siempre mirando, mirando, y cuando él sabe, va y le dice al patrón. *Xerimbaba* es lo mismo que *chaleira*, quien era el empleado para defender solo al patrón. Vamos a suponer que hay un montón de trabajadores trabajando ahí y si uno no trabaja él [el *xerimbaba*] ya lo entrega al patrón, va y: “fulano no está trabajando”. (Entrevista a Antônio de Serras, sesenta y ocho años, trabajador rural, antiguo habitante de Belém, 2009)

“Tira para el lado del patrón, solo ve del lado del patrón”, agregó su hijo. Estos *chaleiras*, estos *capataces* o *capangas* de la propiedad eran quienes se encargaban de *obligar* a los moradores a trabajar para el propietario en la diaria, todos los martes de todas las semanas.

En la diaria, el morador, el padre de familia con quien el patrón establecía relaciones,⁷ *daba un día* de trabajo semanal a este último, entregaba sus martes al propietario de la tierra sin recibir pago por aquello. Los moradores constituían la fuerza de trabajo de la propiedad. Allí tenían su casa, la cual suponía la posibilidad de hacer un rozado (*roçado*) en el que cultivaban lo necesario para la subsistencia familiar. También criaban animales para su consumo. Además, los moradores debían plantar algodón. Dicho producto era destinado a la compra exclusiva del propietario de Belém, quien establecía condiciones desfavorables para los moradores. Por otra parte, estos de-

⁷ Un análisis sobre este punto se encuentra en Heredia, 1986.

bían pagar el *foro* una vez al año, el cual fue explicado por los habitantes del lugar como un arrendamiento. Los moradores vivían en Belém con sus familias.

Su deber de trabajar gratis para el dueño, como contrapartida de tener en la propiedad una *casa de morada*, no es una característica exclusiva de Belém. Al contrario, es un elemento fundamental del *sistema de morada*. Heredia (1986) indica cómo aquello proveía a las grandes propiedades rurales tanto de la mano de obra que necesitaban como de su reproducción. Diferentes análisis llamaron la atención sobre este aspecto en diversas regiones de Brasil. Julião (1962, 1968), Azevedo (1982) y Andrade (1998), por ejemplo, se refieren al *cambão*, el trabajo gratuito o a muy bajo precio que los moradores realizaban para el latifundio en el que vivían. Bastos (s/f) se centra en propiedades ganaderas y algodonerías en el *sertão* de Paraíba. En el caso observado por la autora, los moradores de las propiedades debían trabajar para el patrón uno o dos días por semana, pero no de forma gratuita. Sin embargo, la remuneración que recibían era menor a la correspondiente por un día de trabajo en la región, lo cual se conjugaba con la prohibición de trabajar para otro patrón que no fuera el dueño de las tierras en las que residían.

En la zona cañera de Pernambuco y Alagoas, Sigaud (1971, 1979), Palmeira (1977) y Heredia (1986) se refieren a la *condição* y el *cambão*. El morador de *condição* (o, en Alagoas, simplemente *morador*) era obligado a trabajar para la propiedad una determinada cantidad de días a la semana. Aquella obligatoriedad se denominaba *condição*. El morador recibía remuneración si continuaba trabajando para la propiedad más allá de los días obligados. El *morador foreiro*, aquel que además de la casa de morada recibía una parcela mayor, denominada *sítio*, que le permitía realizar actividades tales como la cría de animales y la plantación de árboles, era obligado a trabajar para la propie-

dad de forma gratuita por un período de aproximadamente veinte días, como mínimo una vez al año. Aquella obligatoriedad era llamada *cambão*. Debía, además, pagar un *foro* a fin de año.

En este artículo pretendo abordar la vivencia de los/as antiguos/as habitantes de Belém en torno al sistema de trabajo que regía en el latifundio en el que vivían, específicamente en lo que se refiere a la diaria. Mi intención es captar los sentidos específicos que la misma tiene para quienes de diferentes modos estuvieron implicados/as en dicho sistema. Con esto me propongo aportar a los diversos análisis sobre el tema, así como destacar la necesidad de atender las particularidades que las reconstrucciones del fenómeno desprenden más allá de la explotación a la que los moradores eran sometidos.⁸ La categoría esclavitud (*escravidão*), o cautiverio (*cativeiro*), usada de modo frecuente entre poblaciones campesinas de Brasil, se muestra central al respecto y la riqueza y heterogeneidad que despierta, entre un grupo y otro, o entre géneros, abre un largo camino a ser explorado.

Abatidos

“[La diaria] Era los martes. Acá toda la vida la feria fue los lunes, entonces los martes [el morador] iba obligatoriamente allá, a la sede, para ver lo que iba a hacer. Y trabajaba un día hasta las cinco de la tarde” (entrevista a Gregório, sesenta y siete años, en ese momento Presidente del Sindicato de los Trabajadores Rurales del lugar, antiguo habitante de Belém, 2009).

⁸ Comencé a explorar este punto en otro artículo, en el cual analicé las diferencias que en torno al trabajo gratuito se presentan entre sindicalistas de fuera de Belém y habitantes del lugar vinculados con la organización (ver Figurelli, 2017). Aquí pretendo profundizar la vivencia de quienes habitaban Belém.

Muy temprano en la mañana, los moradores salían de su casa para recorrer a pié un largo trayecto hacia el lugar donde darían la diaria, que podía ser Taipal, donde se encontraba la *casa grande*, o cualquier otro rincón de la gran propiedad. Durante ese día de trabajo, los moradores sabían descubrir montes, construir cercas para el ganado del dueño con las estacas adquiridas en ese desmonte, limpiar la tierra de yuyos, plantar capín para los animales y trabajar en las caballerizas, entre otras tareas. La diaria era cansadora y además había que soportar al capataz que miraba y se aseguraba de que los moradores realizaran su trabajo de forma correcta y no conversaran.

Cuando el día quedaba sin sol, los moradores regresaban a su casa: “papá, el día de diaria, recién llegaba a la noche [...]. Papá llegaba abatido porque era lejos, y la tierra era mucha”, señaló Teresinha y añadió que en esos días su madre siempre tenía miedo porque el esposo no llegaba: “A las diez, a las once de la noche... mamá con miedo [...] [papá] venía de lejos, venía a pie, todo a pie, llegaba tarde” (entrevista a Teresinha, sesenta y dos años, trabajadora rural, antigua habitante de Belém, 2009). Siete, ocho, diez, once o media noche: lo tarde que los padres o los maridos regresaban a su casa se constituye en un recuerdo frecuentemente reconstruido por las mujeres. “Cuando él estaba trabajando allá llegaba a casa a medianoche”, mencionó brevemente Luísa, otra antigua habitante, respecto a su esposo, Antônio de Boa Fé, cuando este se refirió al trayecto que los moradores hacían caminando hasta Taipal durante los días de diaria.

“Pero mi hija, había días que nos quedábamos en casa esperando, mi mamá afligida... ‘¿será que mi papá murió en el río?’ [...] Cuando en invierno él iba a trabajar a esa diaria, ella empezaba a llorar. Él llegaba a casa a medianoche, a las diez, a las once de la noche, doce...” (Entrevista a Fátima, sesenta y seis años, trabajadora rural, antigua habitante de Belém, 2009). A la diaria había que ir caminando y volver

del mismo modo, y había que volver de noche. En la diaria la comida era insuficiente y no se cobraba por el trabajo realizado: “Papá salía a trabajar desde Lagoa da Montanha [comunidad de Belém] hasta Taipal y pasaba el día trabajando gratis, con hambre. A la tarde, en la oscuridad, tenía que volver a pie. Y era todas las semanas, todas las semanas”, señaló Fátima.

Cuando comían, la alimentación de los trabajadores durante ese día consistía en una rapadura que podía acompañarse con harina de mandioca o con pescado seco, que era generalmente un *avoador*, considerado por los habitantes de Belém un alimento muy precario. “Daba una rapadura con harina, un *avoador* seco, para comer [...] quien *moraba* acá iba allá, a Taipal, ponía una lata llena de habas, daba rapadura, pescado seco... muchos comían, otros no comían...”, contaba Ricardo (entrevista a Ricardo, sesenta y cinco años, trabajador rural, antiguo habitante de Belém, 2009). Al respecto, Fátima indicó: “llegaba de esa tal diaria muriendo de hambre, él [el patrón] no daba nada. Aquel que podía llevar una rapadura, un puñado de harina, llevaba, pero a veces no podía ni llevar... entonces dividían. ¡Ay Jesús! Pero gracias a Dios esa época se terminó”. Para Gregório, la comida de esos días no era suficiente para constituir una alimentación: “trabajaba un día gratis sin alimentación, sin nada, pescado seco y rapadura al mediodía, pero no daba alimentación”.

De acuerdo con Antônio de Serras, algunos trabajadores llegaban hasta el punto de desmayarse de hambre, como ocurrió una vez con un morador que pasó caminando por la casa de su padre. Manuel Barbosa era un morador de la región donde actualmente se encuentra el asentamiento y volvía de trabajar de la diaria. Cuando llegó frente a la casa del padre de Antônio, Manuel se vio vencido por el hambre y cayó. Los padres de Antônio levantaron su cuerpo desmayado y lo llevaron a la casa. La madre lo sentó y le dio de comer, Ma-

nuel comenzó a sudar y luego se recuperó. Aquel episodio serviría de material para las bromas de los trabajadores que pasarían caminando los martes de las semanas siguientes al episodio: “¡Don Antunes! ¿Usted no levantó a Manuel Barbosa? ¡¿Por qué usted no me levanta?!”. Antônio señaló entre risas que los hombres gritaban aquello a su padre para que este les diera comida.

Tampoco se exceptuaba de la diaria al morador que estuviera enfermo. A veces el padre podía ser reemplazado por un hijo, pero aquello no agradaba a los propietarios, ya que, de acuerdo con Gregório, el trabajo de los pequeños no rendía de la misma manera que el de los adultos:⁹ “Si nuestros papás no podían ir, quien iba era el chiquito. Podía ser de este tamaño [señalando con la mano una baja estatura], pero iba a trabajar en la diaria”, señaló Ivaldo (entrevista a Ivaldo, sesenta y ocho años, trabajador rural, antiguo habitante de Belém, 2009)

Antônio de Ribeiro, esposo de Fátima, nació en esas tierras, en las que vive hasta ahora y, a causa de su participación en el movimiento sindical que comenzó previamente a la dictadura militar en el país, debió exiliarse en San Pablo durante el golpe. Cuando hablamos, él se refirió a un día de trabajo en la diaria cuando tenía quince años. Su padre estaba enfermo y le dijo que fuera en su reemplazo. Era día de lluvia y Antônio comenzó a trabajar un surco de palma con la azada. En un descuido arrancó un brote de palma, lo cual fue seguido de gritos e insultos del propietario que estaba mirando. El episodio volvió a repetirse y ante los gritos del propietario, que lo echó del lugar, Antônio resolvió exigirle respeto. Aquel significó para él un momento trascendente, que determinó su entrada a la sindicalización.

⁹ Heredia (1986) muestra que aquel punto pone en cuestión no solo el rendimiento del trabajo, sino también las formas de relacionamiento y socialización a través de las cuales la propiedad se asegura la reproducción de nuevos moradores y de nuevas unidades domésticas de moradores.

Al respecto, Manoel de Bete, antiguo habitante de Belém, quien también había participado del movimiento, recordó su trabajo en las plantaciones de uno de los propietarios y la confrontación que tuvo con este en relación con el asunto cuando inició la sindicalización de los trabajadores rurales. Todos los martes, Manoel emprendía las diez hileras de algodón que el empleado le daba a cada morador como tarea durante los días de diaria. “En la diaria el empleado era malo”, dijo.

Manoel se había enfermado y no había podido ir a la diaria. El propietario le envió entonces tres recados exigiéndole su presencia. “A los cuatro días vino para llevarme amarrado en el burro”, expresó Manoel, que, negándose a aquello, le dijo: “¿Usted vino para qué? ¿Para sacarme el reposo?”. “Porque lo que yo tenía para decir era eso”, me aclaró Manoel. El propietario le respondió: “Mañana, cuando sea martes, tú vas o vas. Yo te vengo a buscar”. “Cuando tú vengas trae una hamaca para darme reposo, porque si estuviera bien iría. Contigo inflándomelas no voy ni yendo en el burro”, contestó Manoel.

Manoel fue solo la semana siguiente. Cuando se hicieron las cuatro de la tarde él ya había terminado de trabajar las diez hileras de algodón. “Pero es temprano, ahora vas a trabajar de nuevo”, le dijo el empleado. “No, son las cuatro y me voy”, respondió Manoel, y dijo luego a quienes estaban allí: “¡nadie es cautivo, váyanse!”. “Se terminó y salió todo el mundo” (entrevista a Manoel de Bete, noventa y tres años, trabajador rural, exmorador de Belém, participante del proceso de sindicalización rural emprendido en la década de 1960, 2009). El inicio de la sindicalización había sido a comienzos de los sesenta y los recuerdos de aquella etapa muestran un corte con la diaria.

La ausencia de reconocimiento de la salud de los moradores, la gratuidad del trabajo, la falta de alimentación o la alimentación precaria, el cansancio, el agotamiento, lo extenso de la jornada de servi-

cio, el día “dado” al patrón, el trayecto a recorrer a pie, la llegada tardía a la casa y el miedo constituyen la vivencia de la diaria por parte de los antiguos moradores y sus familiares. Hay además otros aspectos que conforman el esqueleto de esa vivencia, los cuales son contemplados en una categoría central cuando los/as antiguos/as habitantes se refieren a la diaria. A continuación abordaremos la cuestión.

Sujetos

A la diaria, el morador era *sujeto* (*sujeito*). Era sujeto a ir de cualquier manera. La diaria era la sujeción (*sujeição*) de trabajar a la fuerza. El morador *tenía que ir*, tenía que ir o recibía una paliza, tenía que ir o se iba de la propiedad, tenía que ir o iba *sujetado* a un animal. Ni siquiera estar enfermo lo impedía.

Quien no fuese a la diaria recibiría un castigo. Y los capangas, especialmente Zé Jacó, son aquí muy evocados. Si el morador no iba a la diaria, el administrador llegaba a la casa del morador. A este lo esperaban la burra y la *macaca*. Según algunas personas, el morador era atado al rabo de un caballo, según otras, el morador era atado a una burra. Desde su casa este iba caminando *amarrado* al rabo del animal hasta llegar al patrón, “paseo” que recuerda el “paseo en burro” o *donkeying* de las *cencerradas* analizadas minuciosamente por Thompson (1995), las cuales eran practicadas desde el siglo XVII en Europa. Pero contrariamente a aquellas, quien las ejecutaba aquí era el patrón y no “la comunidad”. En Belém el morador era dirigido hacia la diaria o hacia el propietario –quien lo había “mandado a llamar”– y cuando llegaba al destino recibía una paliza, la cual consistía

en latigazos que los capangas le infligían con la *macaca*, con el chicote, con el cuero:

Y la diaria, si esa diaria yo no diese, mandaba a buscar dos, tres capangas en el rabo de la burra. ¿Oíste la palabra? ¿Sabes el rabo de la burra cómo es? Es que amarra al hombre con una cuerda, y amarra en la silla. ¿Tú ves en la televisión cómo los hombres hacen en el rodeo? Así el patrón hacía con nosotros acá. Él mandaba al capanga a buscar, al administrador. “¡Amarra acá!”: dos capangas agarraban y amarraban al hombre y lo llevaban. “¡Acá está, patrón! ¡El hombre que no pagó el foro, el hombre que no quería ir a la diaria!”. Entonces le daba una paliza grande y lo mandaba de vuelta, y le decía así: “la semana que viene (no quiero ni ver que tú no vengas)”. (Entrevista al trabajador rural Antônio de Ribeiro, sesenta y nueve años, antiguo habitante de Belém, participante del proceso de sindicalización rural emprendido en la década de 1960, 2009)

Como lo muestra el “paseo en burra”, los castigos eran exhibidos. El tío de Teresinha aún hoy recuerda cómo castigaron a varios moradores que no habían ido a la diaria. Joca estaba trabajando junto a los demás en Lagoa do Gibão, una de las *comunidades* de Belém, eran doscientos hombres trabajando en el río, “parecía una fiesta”. Tenían que plantar capín para que el ganado del propietario pudiera comer: “había demasiado ganado, el finado Tozé [propietario de las tierras] tenía hacienda en todos lados”, señaló Joca. Aquel día, Zé Jacó llegó con unos moradores de Lagoa do Gibão a quienes había ido a buscar a la casa porque estos no habían asistido a la diaria. Zé Jacó “solo no le dio a un tal Barrela”, que era uno de los moradores que había faltado. Todos los que estaban trabajando allí vieron el castigo: “yo lo vi con mis ojos”, dice Joca, “me acuerdo de todo, yo estaba trabajando también, estábamos todos de pie y los tipos con el cuero, con la *macaca*”. La exhibición de ese castigo dejó a Joca, y seguramente a los demás moradores, con mucho temor y con la necesidad de una pro-

tección: “yo pedía a Dios zafarme de un castigo de esos, ¿no? Gracias a Dios, Dios es bueno, zafé” (entrevista a Joca Souza, ochenta y siete años, exmorador de Belém, 2009).

Si no fuesen a la diaria, los moradores también podrían ser expulsados de la propiedad, lo que solía darse de un día para otro. En ese fugaz período, el patrón ordenaba que la casa y el rozado del morador fueran destruidos.

En la narrativa de los exmoradores y sus familiares, la *sujeción* de trabajar a la fuerza para el propietario, así como la condición del morador de *ser sujeto* al patrón, se encuentran íntimamente ligadas con la diaria. Asimismo, se hallan vinculados a ella el castigo y la posibilidad de ser “mandados a llamar a la casa” por el patrón. Para dar cuenta de esas experiencias, dos categorías fueron utilizadas por mis interlocutores/as: de modo más frecuente mencionaron la *esclavitud* (*escravidão*) y, comúnmente los de mayor edad, hablaron de cautiverio (*cativeiro*). Siempre que se refirieron a la diaria, los habitantes de Belém se valieron de dichas categorías para explicarla. “¿Sabes lo que era la diaria?”, me preguntó el tío de Teresinha, y luego continuó: “era sujeto, la gente era cautiva, tenía que ir [a la diaria] o recibía una paliza”. En seguida, Joca me explicó que hoy ya no existe diaria, que quien trabaja por día solo trabaja si es pago y que tiene la posibilidad de elegir si trabaja o no: “listo, la diaria que aparece hoy es esa, ¿no, Teresinha? Ya no es la diaria de cautiverio...”. “De sujeción”, respondió Teresinha. “... Propietario rico poniendo sujeción, dándonos palizas... era un cautiverio”, concluyó Joca (entrevista a Joca Souza, 2009).

Trabajar gratis para un propietario rico al que se era *sujeto*, estar en una relación de *sujeción*, *tener que ir* sin poder elegir respecto de aquello y con la posibilidad de ser castigado, amarrado o expulsado, son características diversas que, de acuerdo con Joca y Teresinha, hacen de la diaria un *cautiverio*. La *sujeción* y el *ser sujeto* son aspectos

que se destacan cuando se describe ese sistema de trabajo. De la diaria no se podía escapar.

La idea de *cautiverio* tuvo un importante tratamiento académico a partir del cual es posible iluminar varias de las cuestiones a las que refieren la *esclavitud* y el *cautiverio* en Belém y que se presentan en los diversos análisis. Sigaud (1979) observa cómo a los ojos de los trabajadores que residen en las ciudades de la zona cañera de Pernambuco y trabajan en las plantaciones de caña de azúcar, el *cautiverio* se asocia a una experiencia que ya no es la propia. Dicha experiencia es la de los moradores de las propiedades productoras de caña, donde la *sujeción* al patrón y la *obligación* de trabajar en la caña de este último se observan como características de la condición de *cautivo*, condición que se opone a la *libertad* de decidir respecto del propio trabajo y de poder negarse a las órdenes del patrón, lo que no se puede hacer por vivir en su tierra. El morador es obligado a trabajar aún enfermo o cansado y es pasible de ser llamado fuera de horario, como de ser llamado a su propia casa. Este último es un aspecto que la autora retoma de Lopes, quien observa la “penetración de la esfera del trabajo en la esfera doméstica del operario” (Lopes, 1978, p. 151) como un aspecto fundamental del *cautiverio* que experimentan los operarios de una fábrica de azúcar de la zona cañera de Pernambuco. Como señala un operario citado por el autor: “Ellos vienen a llamarme acá [a su casa], y yo tengo que ir. A cualquier hora me pueden llamar” (Lopes, 1978, p. 166). El poder de la fábrica de disponer de su trabajo en cualquier horario, de extender su jornada laboral, de controlar su tiempo libre, de invadir su casa, de colocarlo en una “prontitud permanente” para el trabajo hace que el operario se perciba como *cautivo*, lo cual se diferencia de la condición de los trabajadores rurales, que en este sentido son “más libertos”. Por su parte, Garcia Junior (1983) observa que la categoría *cautiverio* es utilizada por grupos de pequeños

propietarios de tierra que se desenvuelven en los márgenes de las grandes plantaciones de caña de azúcar de Pernambuco para aludir a la subordinación de los moradores a los patrones, pero no a cualquier subordinación, sino a aquella que se experimenta en el área de la caña. En este caso, *sujeción* y *obligación* son categorías que se usan de manera independiente de la de *cautiverio* y sirven para designar las relaciones entre moradores y patrones que ocurren en la esfera doméstica y del trabajo, pero fuera del área de la caña. La disponibilidad del morador y su familia al dueño de la propiedad cañera, la posibilidad de dar sus servicios en cualquier momento y según la voluntad de aquél, quien es capaz de utilizar la fuerza física para imponer su afán, es también aquí un trazo característico del *cautiverio*.

A diferencia de lo observado por Garcia Junior, en el caso de Belém el lazo de *sujeción* (y a veces la *obligación*) de los moradores con el propietario y la condición de los moradores de *ser sujetos* están íntimamente ligados a lo que los antiguos habitantes de esas tierras llaman *cautiverio* o, más frecuentemente, *esclavitud*. Además de la noción de *sujeción*, también la categoría *obligación* (*obrigação*) se hizo presente entre algunos/as de mis interlocutores/as al referirse a la diaria y al *cautiverio* que esta traía consigo. Pueden citarse ejemplos, como el de Antônio de Boa Fé, quien al hablar de *cautiverio* hizo hincapié en la *obligación* de los moradores de trabajar en la diaria bajo la amenaza de perder la casa: “si no fuera a trabajar me echaba, en aquella época. ¿No oíste decir que era casi un cautiverio? ¿Tú sabes lo que era cautiverio? Era una persona obligada” (entrevista a Antônio de Boa Fé, 2009). Del mismo modo, Gregório acentuó la *obligación* de trabajar gratis, pero al hablar de la *esclavitud* destacó, sobre todo, la posibilidad de ser llevado a la fuerza, *amarrado* en el rabo del caballo, si no se cumpliese con esa *obligación*: “todo el mundo era obligado a trabajar un día gratis para la propiedad [...]. [El morador] Tenía que

trabajar un día gratis toda la semana. Si no fuera, el administrador iba allá y lo traía amarrado en el rabo del caballo, tirando. Trabajaba casi como en una esclavitud” (entrevista a Gregório, 2009).

La posibilidad de ser llevados a la fuerza también fue enfatizada por Ivaldo en su alusión a la *esclavitud*: “Acá vivíamos como esclavos, si pudiésemos ir íbamos, cuando no podíamos, él [el propietario] nos mandaba a buscar a la fuerza, con un empleado”. Por eso y por el riesgo de ser expulsados, no había otro remedio que “aguantar”, señaló Ivaldo: “el morador tenía que aguantar todo eso, hoy no pasa más eso. Antes trabajábamos y encima llevaba... insultaba al morador, él [el propietario] insultaba al morador, quería expulsarlo...” (entrevista a Ivaldo, sesenta y ocho años, trabajador rural, antiguo habitante de Belém, 2009). Asimismo, la categoría *sujeción* fue utilizada por Ivaldo cuando se refirió a la diaria.

Tener que ir a la diaria, tener la *obligación* de ir a la diaria, parece indicar un aspecto diferente del que sugiere la relación de *sujeción*, que hace que el morador sea *sujeto* a la diaria. Si uno alude en este contexto al deber de hacer alguna cosa (la obligación de trabajar), el otro enfatiza, por el contrario, el no poder hacer, el ser *amarrado*. En este sentido, es sugerente que uno de los elementos más destacados por los/as habitantes de Belém al referirse a la diaria sea la inevitable punición de humillación pública: el rabo de la burra. Pero el rabo de la burra muestra más que una punición: este *amarra, sujeta, fuerza* al morador a la diaria y le impide la posibilidad de hacer o decir y, por lo tanto, de estar *obligado* a hacer algo. Así, si la categoría *obligación* aflora entre algunos/as de mis interlocutores/as al aludir a la diaria, las categorías *sujeción* y *sujeto* son más frecuentes en su explicación de ese tema. De este modo, la diaria indica algo que va más allá de la *obligación de trabajar*: si el morador no cumplía la *obligación* por su

propia iniciativa, entonces lo hacía *sujeto: amarrado* a la diaria en el rabo de la burra. El morador se tornaba así un objeto.

Además del lazo que ataba a los moradores, la *esclavitud* también traía peligros y castigos. Cuando se refirió al tema, Vilma, por ejemplo, enfatizó la amenaza de expulsión que pesaba sobre quien no quisiera ir a la diaria:

En el *tiempo de los esclavos*, si moraba en la tierra del dueño sería expulsado, al que no quisiera trabajar en la diaria, él [el dueño] lo expulsaba de la tierra. Quería que la gente morara en su terreno solo para trabajar para él [...]. Entonces, cuando el morador no quería trabajar, él lo expulsaba de la tierra. (Entrevista a Vilma (y a su esposo Ivaldo), cincuenta y siete años, trabajadora rural, antigua habitante de Belém, 2009).

Por su parte, al hablar de *esclavitud*, Fátima enfatizó que no tener dónde morar y no tener de qué vivir llevaba a los moradores a ser *esclavos* de los deseos del patrón, entre los que se encontraba la diaria. La contrapartida de no cumplir sus órdenes, de no ser su *esclavo*, podía consistir en la muerte, en el sufrimiento, en la expulsión de la tierra o en el castigo corporal infligido por los capangas:

¡Ah, Mi Dios! Era mucha cosa. La esclavitud era grande. Había que trabajar para vivir la vida, había que cumplir la orden del patrón, todo como él quería. Si no fuera [a la diaria], se moría o... vaya a saber, sufría mucho, maltrataba mucho a las personas. Hoy acá está muy bien. Pero antes teníamos mucho miedo de Tozé. [...] Si no fuera [a la diaria] era expulsado de la tierra. Pobre, no tenía dónde morar, no tenía de qué vivir. Era esclavo, era esclavo de lo que ellos quisieran. Martes era el día de diaria. Quien no fuera, cuando llegaba la tarde venía el capanga, le pegaba... podía estar enfermo, pero no era dispensado, era triste... ¡Ave María llena de gracia! Era esclavitud. Hoy está todo li-

berto, una libertad muy grande, gracias a Dios. Somos dueños de la tierra y yo me siento mucho más feliz. (Entrevista a Fátima, 2009)

Como observamos en la cita de Fátima, la *esclavitud*, por otro lado, se contraponen a la *libertad* o al estar *liberto*. Ana de Manaus definió la *esclavitud* de la diaria por contraste a la posibilidad de *ser liberto*. Al contrario de *ser liberto*, *ser esclavo* se relacionaba con no poder decidir para quién se trabajaba, o cómo se trabajaba, ya que había que hacerlo de la manera en que el patrón lo dispusiese. Cuando le pregunté a Ana sobre el modo en que la diaria acabó, me respondió lo siguiente:

Hace mucho tiempo que acá la gente es liberto, trabaja para quien quiere, desde los años setenta, creo que del setenta para acá nadie es más esclavo de nadie, nadie... Las personas trabajan para quien quieren, si tienen profesión, trabajan en la profesión que tienen, otros venden cosas y ponen un negocito, otros compran un auto y viajan a Natal, la gente es casi toda liberto. (Entrevista a Ana, sesenta y ocho años aproximadamente, trabajadora rural, antigua habitante de Belém, 2009)

Al preguntarle a Antônio de Serras si la vida en Belém se había transformado con la muerte de Tozé y la llegada de su heredero Antonio Melo, su respuesta hizo alusión a la *esclavitud* y esa alusión fue semejante a la de Ana: “No. Quedó el mismo esquema, esa misma esclavitud, la gente *sujeta* no tenía esa libertad de hacer, de decir así: ‘voy a hacer eso así’” (entrevista a Antônio de Serras, 2009). Sin *libertad* no se podía hacer o decir como se quisiese. Más específicamente, no se podía hacer o decir, ya que “la gente era *sujeta*”.

En Belém, el morador *es sujeto* y esto implica que no puede decir que no a la diaria, que no puede hacer ni decir lo que quiere hacer y decir, como lo haría alguien *liberto*. El procedimiento es explícito: el morador está *amarrado* a la relación de *sujeción* como es amarrado

al rabo de un animal, si se niega a esa relación. De modo simbólico y literal, el lazo amarra al morador, lo hace *sujeto*, lo deja sin movimientos propios. Como pudimos observar, además de este elemento central, también otros aspectos de la diaria, como la gratuidad del trabajo, la falta de alimentación y las altas horas de la noche en las que se veía retornar a los moradores, entre otros temas, se asocian con la *esclavitud* y enriquecen la idea, la complementan y le dan un contexto. Esos aspectos enfatizan tanto el carácter indeseado de la diaria como la imposibilidad de escapar de la misma (podríamos decir, la *sujeción*) y el hecho de tener que trabajar bajo cualquier condición (aún estando enfermo, aún viviendo lejos del local de la diaria, aún sin la capacidad de resistir el agotamiento que significaba).

Para finalizar, quisiera señalar una última cuestión. Los autores citados anteriormente observan que las vivencias del *cautiverio* se iluminan en relación con otras de grupos diferentes del propio. En el caso de Belém, la experiencia es una experiencia de los padres o una experiencia propia pero del pasado y que se contrapone a su modo de vida actual. No obstante, si entre los/as antiguos/as habitantes de Belém la experiencia es del pasado, eso no implica que la *esclavitud* (o el *cautiverio*) haya tenido su fin. En Belém, la *esclavitud* no alude únicamente a una experiencia que ya pasó. Como la creencia en la “vuelta del cautiverio” que Velho (1995) analiza cuando se refiere a pequeños agricultores originarios del Nordeste de Brasil e instalados en los frentes de expansión en el Amazonas Oriental, la *esclavitud* en Belém tiene la característica de estar siempre volviendo, y volviendo de formas diversas: de volver de siglos pasados a la época de los padres o de volver de la época de los padres al presente. En este sentido, la televisión y los programas acerca de “trabajo esclavo”, categoría utilizada de modo corriente en la actualidad tanto por los medios de comunicación como por las instituciones estatales abocadas

a cuestiones laborales, son una referencia central de los/as antiguos/as habitantes. Varias personas asociaron lo visto en la televisión con la *esclavitud* que ocurría en Belém, como Ricardo, por ejemplo, quien destacó que aquella *esclavitud*, cuando los moradores estaban *amarrados* al trabajo para el patrón, continúa hoy existiendo en otros lugares:

Hoy todavía hay esclavitud, tú ves las entrevistas, por ahí, por Rio Grande do Sul, no sé por dónde... Mucha gente sale de acá y va a plantar a aquellos lugares donde hay alguna ganancia, cuando llega allá está todo vendido, la ponen en los campos, ahí se queda cortando palos, *queda presa, no puede salir de ahí*. Cuando eso se descubre, los tipos se ponen por encima de esos patrones que los llevan [a los trabajadores], ¿no? Entonces liberan a aquella gente sufrida, que pensaba que llegaba allá y era una cosa, pero cuando llega allá, es otra diferente. (Entrevista a Ricardo, 2009)

También Antônio de Ribeiro se valió de las noticias sobre “trabajo esclavo” para señalar que el *combão* (aludiendo con esta palabra a la diaria) que *sujetaba*, que *amarraba* a los moradores y los hacía vivir en la *esclavitud*, continúa existiendo: “el *combão* se terminó, pero todavía hay propiedades escondiditas por ahí con *combão*, acá todavía encuentras una propiedad de tierra muy grande con dos, tres moradores en el *combão*, todavía hay, nadie sabe dónde, pero hay, todavía hay *combaozinho*” (entrevista a Antônio de Ribeiro, 2009). Lo que nos dicen los *exmoradores* es que el tiempo de la *esclavitud* es reversible. La *esclavitud* es capaz de volver y de seguir existiendo para siempre.

Conclusiones

Cuando abordamos la vivencia de los/as antiguos/as habitantes de Belém en torno al trabajo que debían hacer los *moradores* para el

dueño de las tierras, vemos algo que va más allá de la apropiación de ese trabajo por este último. La *esclavitud* o *cautiverio* que describen revela una experiencia particular que nos habla de brazos atados. Los recuerdos reconstruyen una Belém de *sufrimientos*, una Belém de *obligaciones*, una Belém de *sujeciones*, una Belém de lazos e imposibilidades.

A partir de las categorías *esclavitud* y *cautiverio*, la diaria se liga con explotación y pobreza, pero también con castigos, humillación y *miedos*. La diaria se asocia con obligación y, sobre todo, con amarras, con *sujeción*. Ser *esclavo* o *igual a un esclavo* es lo contrario a ser *liberto*. Ser *liberto* es la posibilidad de hacer o decir, es estar sin amarras. Pero Belém ataba.

Los lazos se hacían visibles no tanto en el deber de trabajar, sino en el no poder, no poder decir que no, ni hacer otra cosa que la impuesta. Un martes y otro martes y el siguiente los moradores trabajaban gratis para el patrón. Si no lo hacían por las buenas, lo hacían por las malas, dicen los/as habitantes de Belém. Allí estaba la burra. Sobre la burra, el capanga. Con el capanga, el lazo. Y en el lazo, la *sujeción*. Allí estaba el morador yendo a la fuerza y actualizando su *ser sujeto* al patrón.

Aunque las relaciones sociales en aquellas tierras ya no se organizan de esa forma, la *esclavitud* (o el *cautiverio*) no deja de ser un parámetro en el sistema de clasificaciones de los/as antiguos/as habitantes del latifundio. Con esa categoría enmarcan su pasado, pero también continúan organizando su presente. Nada salva a los *exmoradores* y a sus familiares de la *esclavitud*; esta clasifica su mundo y puede volver en cualquier momento. La *esclavitud* permanece y acecha. De varias maneras da sus señales, en la televisión, por ejemplo, que una y otra vez les recuerda la amenaza.

Vivido de formas diferentes, el *cautiverio* describe experiencias no solo de los/as antiguos/as habitantes de Belém, sino también de otros grupos sociales que de una forma u otra han estado conectados al sistema de morada. Al tener en cuenta la bibliografía al respecto, es posible observar que la *sujeción*, la *obligación*, la invasión de la casa del morador, la posibilidad del castigo corporal y la capacidad de disponer de su tiempo constituyen experiencias comunes de subordinación al poder de un patrón que son clasificadas por grupos muy heterogéneos de trabajadores como un *cautiverio*.

Para finalizar, me gustaría subrayar algunas diferencias entre lo que los varones y las mujeres enfatizan al describir la *esclavitud*. En la narrativa de las mujeres, la vivencia del *sufrimiento* conforma un ángulo destacado. En sus relatos, Belém significa un gran *sufrimiento*, y no solo para los moradores, sino también para sus familias. Unas y otros *sufrían* con la extensa jornada de la diaria: tanto los *moradores* que debían atravesar la oscuridad como sus familiares, que en la tardanza lloraban y temían, que lidiaban con conjeturas ingratas al imaginar los infortunios que podrían haberle ocurrido al marido o al padre que demoraba en volver. Unas y otros *sufrían* con la amenaza de tener que salir de las tierras, de ser expulsados de su propia casa. *Sufría* por igual quien se iba a trabajar enfermo y quien veía salir a trabajar enfermo a su familiar. Ellas no enfatizan tanto la humillación del trabajo gratuito, del castigo público o del “paseo en burra” como el *sufrimiento* que Belém traía aparejado para el morador y para toda su familia. De ese modo, hubo una recurrencia en las visiones femeninas sobre la *esclavitud* que permitió llegar hasta las casas de los moradores y ver el *sufrimiento* que también se vivía en ese ámbito.

Referencias

- Almeida, A. W. B. de y Esterci, N. (1977a). Quixadá: A formação do povoado e o acesso à terra pelos pequenos produtores. En *Projeto Emprego e Mudança Sócio Econômica no Nordeste*. Museu Nacional/UFRJ: Mimeo.
- Almeida, A. W. B. de y Esterci, N. (1977b). Terras soltas e o avanço das cercas. En *Projeto Emprego e Mudança Sócio Econômica no Nordeste*. Museu Nacional/UFRJ: Mimeo.
- Andrade, M. C. de (1998). *A terra e o homem no Nordeste: Contribuição ao estudo da questão agrária no Nordeste*. Recife: Editora Universitária da UFPE.
- Azevedo, F. A. (1982). *As Ligas Camponesas*. Rio de Janeiro: Paz e terra.
- Bastos, E. C. O. G. (s/f). *A cultura de algodão no sertão paraibano*. UFRJ: Mimeo.
- Cascudo, L. da C. (1956). *Tradições populares da pecuária nordestina*. Rio de Janeiro: Ministério da Agricultura, Serviço de Informação Agrícola.
- Cascudo, L. da C. (1970). *Locuções tradicionais no Brasil*. Recife: Universidade Federal de Pernambuco.
- Figurelli, M. F. (2017, noviembre). Atados al rabo de la burra: Lecturas del trabajo gratuito en una antigua propiedad rural. *Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo*, 1(2). Disponible en <http://www.ceil-conicet.gov.ar/ojs/index.php/lat/article/view/306>.
- Garcia Junior, A. R. (1983): *Terra de Trabalho*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Heredia, B. M. A. de (1986). *As transformações sociais na plantation canavieira. O caso do sul de Alagoas*. Tesis doctoral. Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social, Museu Nacional, Universidade Federal do Rio de Janeiro.

Johnson, A. W. (1971). *Sharecroppers of the Sertão. Economics and Dependence on a Brazilian Plantation*. Stanford, California: Stanford University Press.

Julião, F. (1962). *Que são as Ligas Camponesas?* Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.

Julião, F. (1968). "Cambão" (*le Joug*). *La face cachée du Brésil*. Paris: François Maspero.

Lopes, J. S. L. (1978). *O vapor do diabo. O trabalho dos operários do açúcar*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.

Palmeira, M. (1977). Casa e trabalho: nota sobre as relações sociais na *plantation* tradicional. *Contraponto*, II(2), 103-114. Rio de Janeiro: Centro de Estudos Noel Nutels.

Sigaud, L. (1971). *A nação dos homens. Uma análise regional de ideologia*. Tesis de maestría. Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social, Museu Nacional, Universidade Federal do Rio de Janeiro.

Sigaud, L. (1979). *Os clandestinos e os direitos: Estudo sobre trabalhadores da cana-de-açúcar de Pernambuco*. São Paulo: Livraria Duas Cidades.

Thompson, E. P. (1995). La Cencerrada. En *Costumbres en común* (pp. 520-594). Barcelona: Crítica.

Velho, O. (1995). O cativo da Besta-Fera. En *Besta-Fera: recriação do mundo. Ensaios críticos de antropologia* (pp. 13-43). Rio de Janeiro: Relume-Dumará.